La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 6 de julio de 1908 — Núm. 1.384

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LECTURA INTERESANTE, dibujo al lápiz de Alfredo France,

premiado en el concurso de la Escuela de Arte Moderno, de Londres

Texto. – *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *Por las tierras poéticas. Mallorca. La maravilla subterránea*, por Miguel S. Oliver. – *Grover Cleveland.* – *Barcelona. Fiestas del Centenario del natalicio de D. Jaime «el Conquistador.» La cabalgata histórica.* – *La Asamblea Catalana.* – *Noticias de Bellas Artes.* – *Problema de ajedrez.* – *El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *Un golpe de Estado en Persia. La tragedia de Teherán.*

Grabados.—*Lectura interesante*, dibujo al lápiz de Alfredo France. – *Mallorca. Entrada á las cuevas de Artá.* – *Entrada á la primera cueva.* – *Interior de las cuevas.* – *Salón de las Columnas.* – *Proyecto del monumento dedicado al general Justo J. de Urquiza*, obra de Agustín Querol. – *Mr. Grover Cleveland.* – *Carrozas de la cabalgata histórica del Centenario del natalicio de D. Jaime «el Conquistador,» Barcelona.* – *Una boda de un pueblo de Italia.* – *El voto*, cuadros de Francisco Pablo Michetti. – *Barcelona. La Asamblea Catalana. Aspecto del Salón de audiciones del palacio del «Orfeó Catalá.»* – *Ferrocarril del sistema Kearney.* – *Mohamed Ali Mirza, shah de Persia.* – *Teherán. Palacio de Baharistán.* – *Vista interior de dicho palacio.* – *El globo dirigible «Zeppelin 4» efectuando sus pruebas en el lago de Constanza.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El marqués de la Vega de Armijo, que acaba de morir, que pasaba de los ochenta años y que durante toda su larga vida intervino en la política española, lleva ciertamente mucho que contar—si aplicable fuese este modismo—á su tumba silenciosa y romántica del castillo de Mos, castillo legendario en Galicia, y que el marqués restauró con interés y cariño de arqueólogo, con respeto religioso al pasado.

De la larga existencia del ilustre prócer, este episodio de la restauración de un castillo que evoca recuerdos de historia y de raza, es tal vez lo que encuentro más simpático y loable. Puede discutirse mucho, y de modo cruelmente analítico, no sólo la Unión liberal, sino las diferentes situaciones á que sucesivamente perteneció el marqués; pero á la vieja mansión de Pedro Madruga de Sotomayor no se la discute, y menos aún ocurrirá discutir que los magnates están obligados por mil consideraciones de decoro y hasta por el sencillo instinto de conservación, á no dejar que se vengan al suelo los restos y reliquias del ayer, gracias al cual son ellos algo todavía superior y distinto, en medio de la nivelación democrática de los tiempos presentes.

***

Se ha deplorado mucho, en efecto, la barbarie demoledora, el ímpetu ciego del pueblo que ocasionalmente ha destruído; pero ¿quién contará los estragos de la incuria y el abandono, cien veces más temibles? ¿Quién, los de ese indiferentismo glacial y estúpido, que deja perder y borrarse la tradición, simbolizada quizás por unas cuantas piedras? ¿Quién no encontrará hasta natural que el pueblo, en su cólera, arrase, y en cambio, no mirará como caso monstruoso, aunque tan usual, por desgracia, que los interesados en conservar tiren á la calle y den con el pie á lo que debieran venerar por sagrado, aunque sólo les inspirase tal veneración el egoísmo y la conveniencia propia?

Y ¡qué fútiles ansias distraen de la conservación de sus glorias patrimoniales á muchísimos de nuestros grandes señores! El uno sólo piensa en automóviles ó jacas de polo; la otra vive pendiente del pingo y el trapo; aquél se consagra en alma y cuerpo á la devoción de alguna Diosa... eventual; éste cree poner una pica en Flandes con militar dócilmente en las filas de un partido, donde se ignora su presencia como se ignoraría su ausencia. Entre viajes sin objeto ó con un objeto de puro *esnobismo;* diversiones de tercer orden elevadas á la categoría de importantísimos negocios; juego, galantería, *sport* y *confort* (dos pestes de la alta vida contemporánea), se desliza la existencia de los descendientes de aquellos que pelearon con moros, indios, franceses y flamencos, y no plantaron en sus fachadas blasón que no ganasen á punta de lanza ó á tajo de espada bien templada —no tanto como la voluntad.—Ya sé yo que no es tiempo de héroes; que estamos en otro siglo; que las batallas son otras. Otras son, cierto; y sin embargo, son batallas. El influjo social se gana, ya que no vistiendo la cota, embrazando el escudo y blandiendo el hierro, luchando á cara descubierta y á pecho avante en las luchas que caracterizan y preocupan á cada época. Y hoy no se vestirá la cota ni se descargarán fendientes; pero en países como Inglaterra, donde la aristocracia de sangre ha sabido mantener su poderío y su influjo, la milicia y la marina son las carreras predilectas de los nobles: nótese como, en cambio, entre nosotros se va perdiendo tal costumbre.

***

Nunca decae una clase, una categoría social, si ella misma no se prepara la decadencia. Así como es incalculable el ascendiente que podría ejercer un clero muy virtuoso y muy unido, incalculable sería el de una aristocracia firmemente convencida de que tiene una misión que cumplir y un alto papel que desempeñar. Tales eran los pensamientos que me asaltaban al asistir á la ceremonia del cruzamiento de un caballero de Alcántara, pocos días hace. La iglesia de las Calatravas hallábase semi-llena; la concurrencia era, en su mayoría, femenina, luciendo trajes de última moda, con anchas mangas japonesas, y sombreros caros, empenachados de plumas, de esos que se comen á la que los lleva y vuelan más allá de los hombros, con sus alas de paja de colores anilinados. Los abanicos, movidos pausadamente, impulsaban ráfagas de perfumes suaves; el remangue de una falda, al arrodillarse su dueña, descubría calzados estrechos, con tacones Luis XV, y bajos delicados, de los que—¡oh galicismo!—*frufrutan* á cada movimiento ondulatorio. Y entre las dos zonas de *toilettes* y de caras, no diré bonitas todas, porque no sería verdad en conjunto, pero, en fin, adamadas, cercadas de un almohadón de pelo crespo y rizo; entre las siluetas que no desdecirían si algún caricaturista las apuntase con mordiente gracia en las páginas de un semanario de actualidad parisiense, se destacaba la doble y blanca fila de los caballeros de Alcántara, Calatrava y Montesa—los de Santiago son capítulo aparte,—envueltos en sus albos mantos, cubierta la cabeza con sus tocas y birretes de airosa pluma, y dejando apenas asomar la anacrónica nota de sus pies sobre los cuales recae el pantalón, y de sus manos que no calza el guante de ámbar, sino el moderno, comprado en alguna guantería y camisería que se llame *Old England, Nuevo siglo* ó *La Gardenia*...

Y los caballeros daban al neófito, calzada ya la espuela, la *acolada* fraternal; y los caballeros—pálidas y ascéticas cabezas dignas del pincel del Greco, morenas cabezas españolas, cuyo carácter descubría y realzaba el birrete, el manto, la *mise en scène* tenoriesca—eran, por un instante, y logrando con la fantasía suprimir la realidad, una reaparición de sus antepasados, los que cabalgaban para tener á raya al Sarraceno, ó reñían á estocadas en los tiempos felipeños, retiñendo de sangre las cruces bordadas en su ropilla. Todo esto, mientras duró la ceremonia. Hora y media después, nos ofrecía el neófito un *sandwich* para que lo mojásemos en una taza de te; pero al menos—dicho sea por vía de consuelo de nuestras añoranzas del pasado,—el neófito, el profeso ya, despojado de su manto y su birrete, vestía uniforme militar: única vestimenta que me parece compatible con ese grave y poético ceremonial, con esa bella melancolía de lo que murió y no pasa aún, con ese saludo profundo hecho por la doble fila de blancos fantasmas cruzados, al sonar bajo las bóvedas del templo el nombre del rey «nuestro señor,» que es el emblema de la patria...

***

Sí, ya lo sé: no vuelven atrás los ríos. Nadie estará más convencido de tal verdad, incluída entre las de Pero Grullo. Ni siquiera—á pesar de toda mi predilección por las edades estéticas—desearía yo que el tiempo recorriese, como en cierta zarzuelilla, su marcha hacia atrás; lo único que me produce esa especial tristeza de la contemplación y del recuerdo, es comprender que tales formulismos, que hoy no son otra cosa, fueron raíces y tronco de energías, que en vano buscaríamos actualmente. Ni se hace lo que entonces se hizo, ni se hacen otras cosas. O mejor dicho, hace cada cual, sin fin social ninguno, lo que su capricho le dicta, y su capricho suele dictar á los poderosos que consuman el tiempo en ocio estéril, en disolución vergonzosa, en vanidad pueril ó en infantilismos de deporte: porque el deporte es pueril y baldío cuando no llena el objeto de preparar el cuerpo y ejercitarlo para otros empeños más graves, y se limita á juego no tan divertido como el de las cuatro esquinas ó el cucharón.

***

Ni aun al contraer los lazos que fundan la familia suelen acordarse los grandes aristócratas de lo que significa un nombre. Ejemplos sobrarían, y están en la memoria de todos: recordaré uno, porque la prensa lo ha comentado recientemente, y la publicidad lo entrega al comentario, pues los asuntos en tela de juicio ya no pertenecen al sacro fuero de la vida privada. Incoado está el expediente de divorcio entre un aristócrata de lo más calificado, como que lleva en las venas sangre de la primer familia de dos ó tres naciones, y su esposa, cuya historia antigua parece que podía competir con la de Manón Lescaut, Margarita Gautier, Naná y otras célebres heroínas de novela. Sin llegar á tal extremo—y no es infrecuente que se llegue,—hay numerosos enlaces que un verdadero sentido social reprueba. Las ideas que estoy exponiendo riñen con las bellamente defendidas por D. Benito Pérez Galdós en *La de San Quintín.* ¡Qué hacer! La tesis de Galdós no ha logrado persuadirme.

Ninguna redención espero de que las duquesas incurran en *mesalianzas,* y á decir verdad, tampoco es muy trascendental el que una duquesa se case ó no con arreglo á su categoría, por aquello de que una mosca no hace verano, y á fuer de imparcial, debo añadir que el hecho no es insólito, y se hallan ejemplares de él en los siglos donde no lo sospechábamos. Y si no, ahí está, para no dejarme mentir, el famoso *Tizón,* ese donoso libelo contra la nobleza, escrito por un cardenal para presentárselo á un rey..., ¡y qué rey! Nada menos que Felipe II...

Fué este *Tizón* reimpreso hacia 1849 por un excelente señor, que se propuso demostrar, en vindicación de las clases productoras, que nobles y plebeyos proceden igualmente del primer hombre de la creación, que todos los apellidos se reducen á uno solo, y que todos han de perecer y acabarse, cuando se acabe el mundo: inconcusas máximas que nadie seguramente habrá discutido, como tampoco sería acertado negar lo que el mismo reimpresor afirma solemnemente: á saber, que nunca fué la virtud patrimonio exclusivo de los ricos. Nada de esto, sin embargo, le importaba un pitoche al cardenal Mendoza, el cual sólo quería vengar un desaire que se había hecho á su estirpe, y para conseguirlo arremetió contra muchas familias señaladas, sacando á relucir lindezas y tizonazos, procedencia de judíos conversos y almojarifes, albañiles y mozas *espulga manteles* en los linajes más claros de Castilla; encontrándoles á los duques de Braganza la abuela hija de un zapatero renegado; al conde de Andrade, la abuela tendera; á los Portocarreros, la abuela de bajísimo linaje; á los Enríquez y Barrientos, la abuela esclava, y á otros muchos apellidos no menos claros y magníficos, las abuelas penitenciadas por la Inquisición, bastardas, mulatas, que habían sido sacadas á la vergüenza con sambenitos y corozas, y por último, como dice con gracioso menosprecio el terrible cardenal, las abuelas *fulanas*..., vocablo que contiene todo cuanto puede contener un vocablo, para expresar familiar y fuertemente el colmo de la desdeñosa insolencia...

***

Y con esta digresión me he dejado atrás al marqués de la Vega de Armijo, cuya memoria será grata siempre para mí, y de quien recibí afectuosas señales de amistad... Era el socio más antiguo del Ateneo de Madrid, presidente de la Academia de la Historia, y no sé si también de la de Ciencias morales y políticas. Era hombre de sano corazón, de vivo carácter, de trato franco y sencillo, de excelente humor en la intimidad, y en suma, nacido para hacerse querer bien de los que le viesen de cerca. No parecía viejo, porque tenía el alma joven. Paz á su recuerdo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

Para dar al cutis frescura seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la

CREMA DE SIVA

la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS.—De venta en todas las buenas perfumerías.—Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª—Madrid.

POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA. (Fotografías de J. Truyol.)

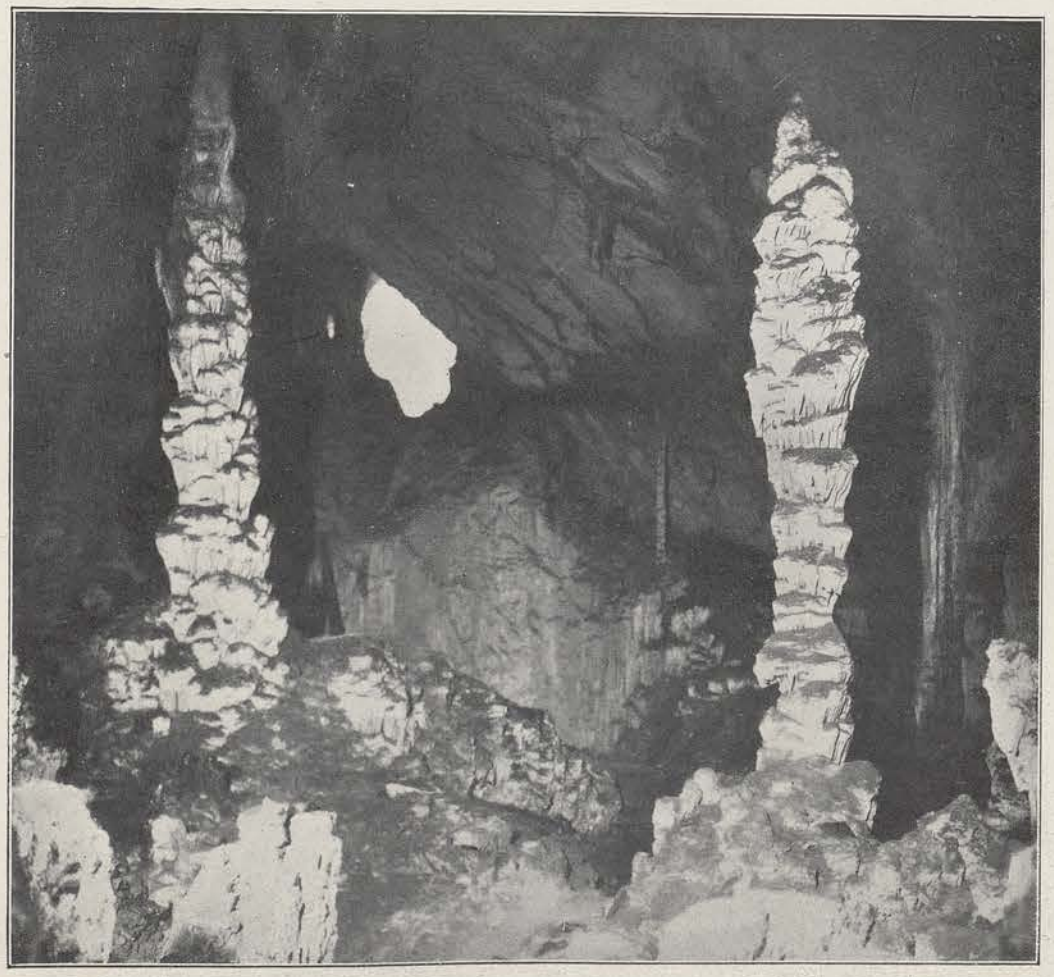
Mallorca.—Entrada á las cuevas de Artá

IV Y ÚLTIMO

LA MARAVILLA SUBTERRÁNEA

Ni con el aspecto de Sóller, ni con el de Deyá, ni con el de Valldemosa quedan agotadas las fases del paisaje mallorquín. Tiene la isla un agrado peculiar que nace de su variedad inmensa de motivos. Su belleza no es monótona, sino cambiante y accidentada como en pocos lados. Difícilmente se encontrará, compendiada en menos espacio, una tan continua sucesión de perspectivas y emociones que se extienden desde lo idílico hasta lo trágico, desde lo lindo hasta lo grandioso, desde el vergel hasta el acantilado abrupto y el despeñadero horripilante.

Hay comarcas, como la de Banyalbufar, que ahora empiezan á ser conocidas y explotadas estéticamente. No sé qué pasa con eso de los paisajes que cada generación descubre un carácter nuevo y adopta una preferencia, completamente suya. Diríase que existe una concordancia preestablecida entre cada época y un lugar determinado. Ahora predomina lo pintoresco, ahora lo sublime, ahora lo plácido. Me sería relativamente fácil fijar esa sucesión de gustos y ese cambio de la emoción por lo que respecta á la isla en un espacio de cincuenta ú ochenta años. Durante largo tiempo predominó la emoción romántico-revolucionaria de *Jorge Sand* y la emoción romántico-arqueológica de Piferrer. El paisajista Haës pintó arboledas y rocas y rebaños y algún claro de sementera, iniciando á su discípulo mallorquín Antonio Ribas, el pintor de los pinares y de los olivos, de los caminos rústicos y de las minúsculas riberas episódicas. El sentido de la soledad, las transfiguraciones de la costa, la revelación y animación panteística de las calas semicirculares, las coloraciones inusitadas, eso vino con el flamenco Degouve de Nuneques que transportó á la pintura los inflamados delirios poéticos de su cuñado Veraheren, cantor de *Les campagnes hallucinées*. Se internó Mir en lo más bravío de los peñascos y en lo más fragoroso de las rompientes; y Rusiñol reintegró al dominio del arte la suave belleza de los almendrales cubiertos de flor en los preludios de la primavera y el sentimiento lírico de los jardines nobiliarios, abandonados en incuria y silencio, que parecen suspirar por el alma de un siglo galante, que no ha de volver jamás...

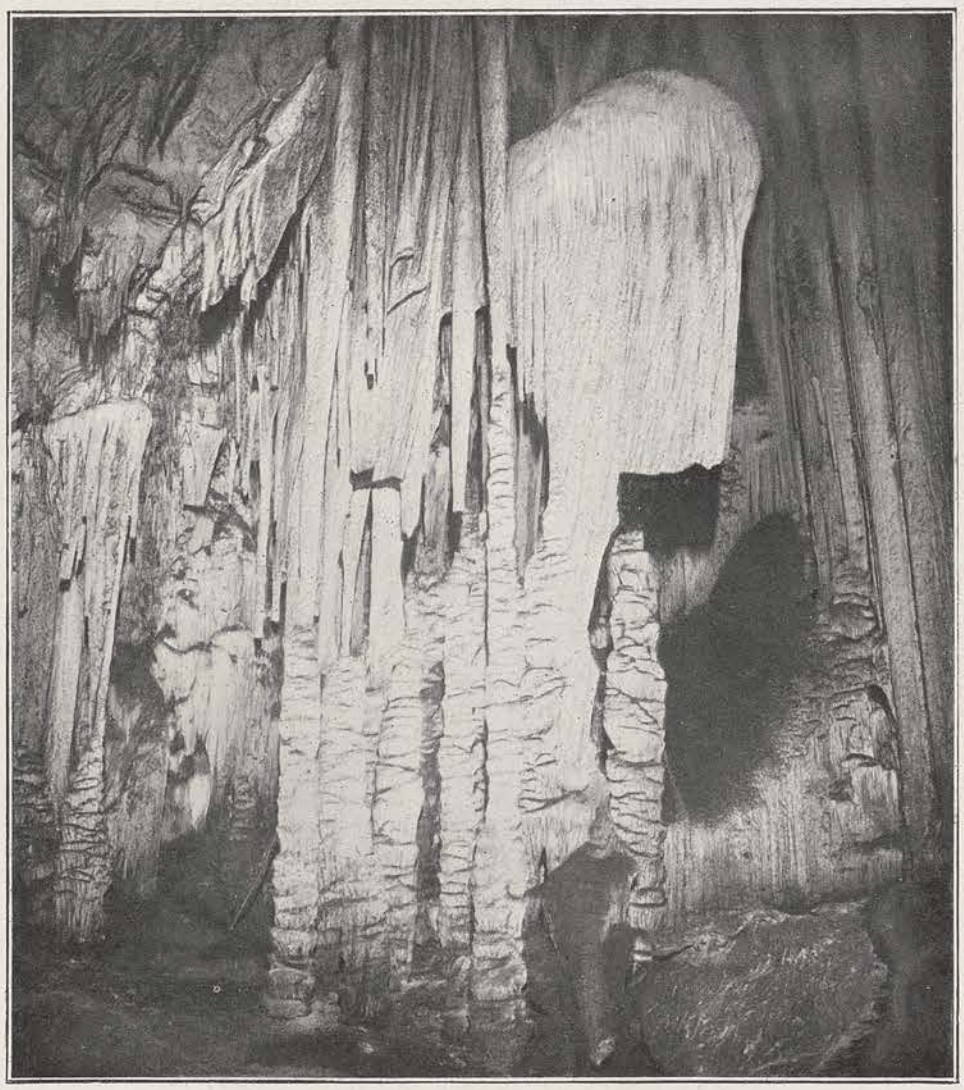


Mallorca.—Cuevas de Artá. Entrada á la primera cueva

Recuerdo la sorpresa que causó, entre algunos de nuestros acompañantes, la impresión manifestada por cierto joven y ya ilustre escritor ante una perspectiva monótona, todo aridez y sequedad, fragmento de estepa sin roturación ni frescura, al atravesarla el coche que nos conducía á las cuevas del Drach, cerca de Manacor. El entusiasmo del forastero contrastaba con la relativa indiferencia que habíamos observado en anteriores excursiones ante otros espectáculos de efecto seguro, de esos que suelen constituir un *clou* del turismo habitual. Nuestra inocente vanidad de cicerones y patriotas, hijos gloriosos de un país pintoresco, había quedado ligeramente lastimada. La brusca é inmensa aparición del mar, en una revuelta del camino de Sóller á Deyá, por ejemplo, nos tenía acostumbrados á una sorpresa que no fallaba nunca. En este caso falló; y no hay para qué decir cómo salió defraudada nuestra aparatosa expectación de profesionales del excursionismo. En cambio, no dejaron

de extrañar las ponderaciones de aquella llanura inculta—*garriga*, como se la llama en el país,—en la cual el joven adepto de las nuevas estéticas encontró toda la sugestión del «campo de los asfódelos,» por el sin fin de gamones ó *aubons* que en él florecían como en mar movedizo, bajo un cielo pesado, gris, de plomo, que parecía gravitar sobre la tierra y sobre el alma con el agobio de un tedio formidable. Sin duda la opulencia de color, la vegetación exuberante y magnífica, los misterios de la floresta y la complicación de elementos visuales estaban fuera de la novísima sensibilidad y formaban en la naturaleza algo de envejecido para las flamantes escuelas, algo de burgués, cursi ó *rastaquoère* para los modernos exquisitismos y morbideces alimentadas con morfina y absenta.

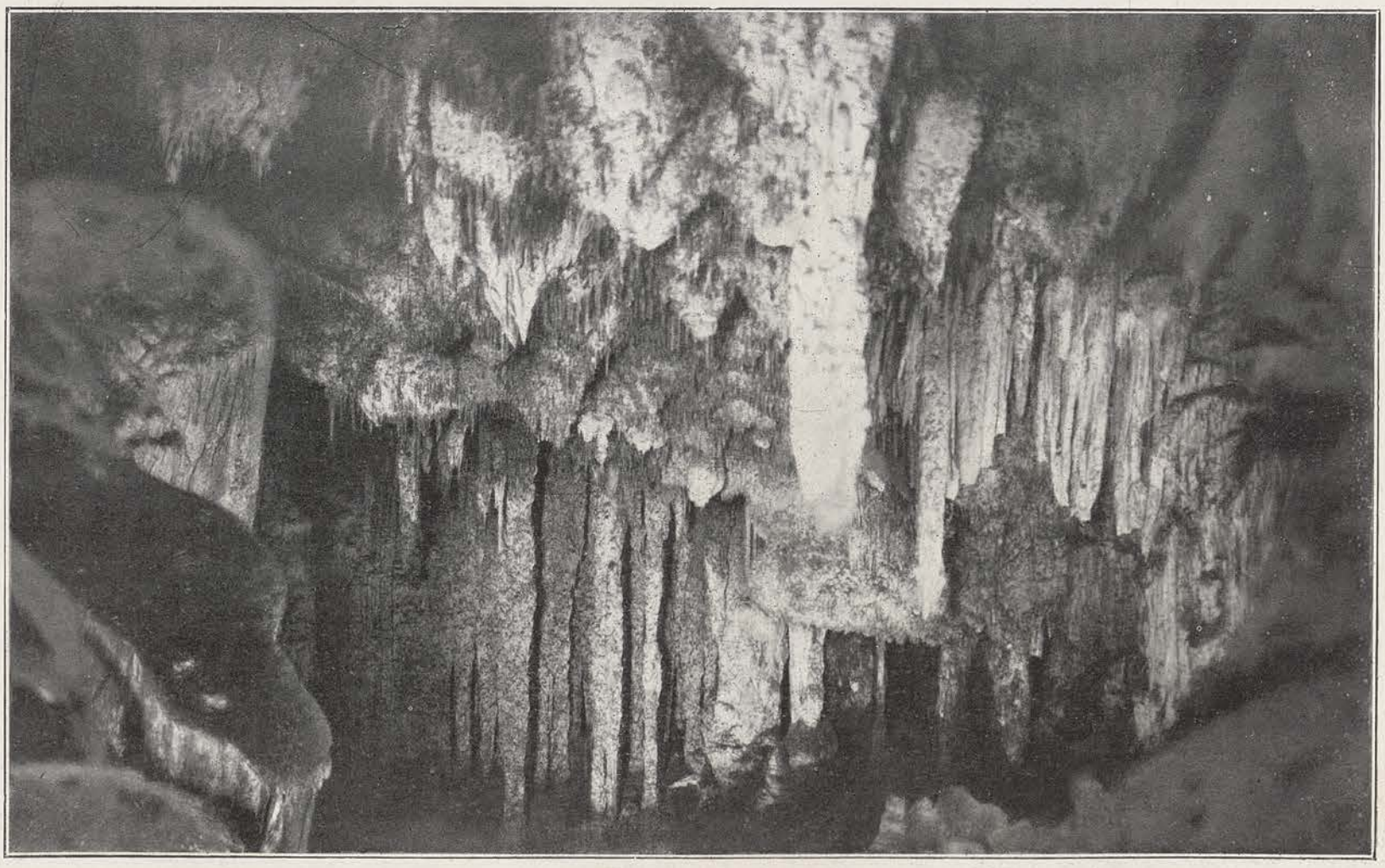
La «maravilla subterránea» bastaría por sí sola á dar renombre á un país. Y sin embargo, no es en Mallorca sino algo de añadidura al esplendor del paisaje y á los recuerdos históricos y artísticos. Dos son las manifestaciones principales de ese mundo encantado y oculto: la cueva del Drach, cerca de Manacor, y la cueva de Artá. Más que los famosos olivos añejos, de los cuales *Jorge Sand* ofreció una descripción tipo, que han ido parafraseando después y amplificando viajeros y poetas, puede tentar á los estilistas ese Dédalo interior de grutas, oquedades, bóvedas, columnatas, galerías, pasadizos, artesonados, cortinajes y filigranas. Para la pluma de un Teófilo Gautier hubiera sido ocasión de prodigios y asombros de colorista y esmaltador del lenguaje. No hay por ventura espectáculo de la naturaleza que pueda dar mayor alimento á la amplificación descriptiva, que fué el principal carácter de la literatura durante el período inmediatamente anterior á nosotros.



Mallorca.—Interior de las cuevas de Artá

Un conjunto arbitrario de formas, una arquitectura delirante y convencional, un tejido de filigranas, pormenores y juegos de la casualidad reproduciendo más ó menos vagamente apariencias y figuras del mundo real y del mundo fantástico, del reino vegetal y del reino zoológico, préstanse á todas las interpretaciones imaginativas y á todos los caprichos de la pluma. En las cuevas de Artá predomina lo grandioso: sus bóvedas pueden parecer abortos ó deformaciones de basílicas; sus desfiladeros serpenteantes han de evocar por fuerza la terrible concepción del poeta florentino. Aquí las altas y vigorosas estalactitas, que han llegado á unirse y soldar con las estalagmitas, hablan confusamente al espíritu de columnas de templos babilónicos ó de colosales palmeras petrificadas. Esfinges, quimeras, monstruos primitivos, reminiscencias de especies perdidas ó de formas semi olvidadas por la madre naturaleza, se ofrecen á la interpretación individual para que, según sus recursos estéticos, vaya buscándoles correspondencia en la realidad y la vida.

En las cuevas del Drach predomina, en cambio, lo minúsculo, lo lindo, lo virginal. La presencia de los lagos interiores impone el recuerdo de las Hadas. Es un palacio de cristal, de hielo cuajado. Una Alhambra oculta, llena de alicatados primorosos y de artesones que destellan, al fulgor del magnesio, cuajados de pedrería. Aquí las plumas encariñadas con el *arabesco* y con el orientalismo podrían hacer maravillas; en la época de Arolas aquello se hubiera llenado de huríes. Sin embargo, la exploración de esta gruta singularísima data de menos tiempo y debió su notoriedad á haberse extraviado en ella, allí por 1878, dos viajeros catalanes



Mallorca.—Cuevas de Artá. Salón de las Columnas

PROYECTO DEL MONUMENTO AL GENERAL JUSTO J. DE URQUIZA, QUE DEBE ERIGIRSE EN BUENOS AIRES

obra de Agustín Querol, premiada en público concurso

que estuvieron á punto de perecer y que hubieran acabado seguramente en el horror de la noche eterna si el dueño de la fonda de Manacor, alarmado por su tardanza, no hubiese organizado una expedición de socorro valiéndose de las dos ó tres personas prácticas que conocía en el pueblo. Entonces empezó á ser visitada la gruta asiduamente y se ofrecieron al público los necesarios servicios de viaje y guías. Un conocido espeleólogo francés, M. Martel, llevó á cabo, años después, nuevas exploraciones, y á ellas se debe el haberse ampliado la parte practicable y conocida de la gruta con el magnífico lago *Victoria*.

Conocida de más antiguo la cueva de Artá, la imaginación popular, sin resabios ni ingerencias seudo cultas, se amparó de ella. No es siempre el instinto poético el que guía el gusto de las muchedumbres, digan lo que quieran ciertos folcloristas arrebatados. Por cada perla que es posible descubrir en tales depósitos, hay que manosear y revolver mil abrojos y escorias. Por cada rasgo de fina idealidad, por cada primor ó delicadeza de sentimiento, hay que habérselas con toda suerte de chabacanerías, bufonadas y groseros prosaísmos bucólicos ó *coprológicos*. Así sorprende hallar en la nomenclatura con que el vulgo ha ido distinguiendo cada una de las salas y episodios de la gruta de Artá, gran número de comparaciones de índole culinaria ó alimenticia: «sala de los perniles,» «sala de los embutidos,» «la despensa,» «los huevos estrellados.» Rabelais era profundamente popular en cuanto supo dar formas épicas y colosales á la glotonería y encarnarla en personajes tan simpáticos y comprensibles á la multitud como Gargantúa y su hijo. La imaginación popular no carece nunca del sentido pantagruélico, y ante las más sublimes apariciones y momentos de la naturaleza piensa en la nativa voracidad del hombre y en los medios de satisfacerla y aplacarla.

No así en la cueva del Drach, en la cual, exceptuando el nombre, todo huele á poetización moderna y cursi, á orientalismo de provincia. De mí puedo decir que prefiero todavía aquellas denominaciones gastronómicas y sanchopancescas de la gruta artanense, á estas otras, almibaradas y redichas, de la de Manacor, que saben á misterios de harén imaginado por un hortera: camarín de la Sílfide, baño de la Sultana... La emoción de las cuevas es algo que difícilmente se expresa por palabras ó literariamente. No recuerdo que se haya podido pasar de la tentativa en cuantos autores se han propuesto cantarla. Desde el curioso poema latino del marqués de Campofranco, prócer enciclopedista del siglo XVIII, titulado *Parnassidos sive Philemonis somnii*, hasta *La Deixa del Geni grech*, del insigne Costa y Llobera, son innumerables los conatos de interpretación poética ó literaria de tan extraño asunto. Y digo extraño porque es sumamente compleja la impresión que deja en el alma del espectador aquella grandiosidad inerte, fría, apagada, petrificada. A la larga producen un efecto deprimente, un efecto parecido al de los glaciares. ¿Es la ausencia de circulación y de vida? ¿Es una suspensión brusca del ritmo biológico ó vital, que no deja de acompañarnos al aire libre, en medio de las arboledas y á través de los campos, en la costra animada del planeta? Algo hay de esto. Algo hay de la hermosura pasmada en estatua de cristal, de falta de calor, de inmovilidad, de insipidez; belleza de tercer grado, del grado inferior ó mineral, en la cual no colabora apenas el elemento dinámico y agitador de la vida; belleza abstracta, en suma, destinada á producir más asombro que emoción. Acaso esa emoción corresponda plenamente al dominio vagoroso é impreciso de la música, y haya que buscar su correspondencia artística en los compases de la *Gruta de Fingal* elaborados por un Mendelssohn, antes que en la muchedumbre de odas y fantasías de esas que comienzan con un «¡Salve, alcázar de los gnomos, salve!»

Por esto, sin duda, dejó tan hondos recuerdos en cuantos formamos parte de la afortunada expedición una sesión musical que nos dimos el gustazo de oir en la última casi de las salas de la cueva de Artá, llamada «de las banderas.» Hace de ello como la friolera de quince años y todos lo tenemos tan presente como si acabara de ocurrir. Todos... no. Porque ha llovido desde entonces y la muerte ha hecho de las suyas clareando las filas de los alegres expedicionarios de aquella fecha. Hallábase en Mallorca, donde dió una serie de audiciones, el cuarteto Rubio-Fernández Arbós, junto con el gran pianista y compositor Isaac Albéniz, uno de los más entusiastas amigos de Mallorca. Habíamos tratado de ir, en compañía de tan eminentes artistas, á visitar la cueva de Artá, para hacer los honores de esta maravilla á los que todavía no la conocieran. No sé á quién se le ocurrió suplicarles que trajeran consigo los instrumentos... La idea fué acogida con entusiasmo. Violines, viola, violoncelo, atriles, partituras, bujías para los atriles, con todo cargamos, arreglándolo cuidadosamente en el vagón del ferrocarril. Trasbordamos en Manacor á los coches y pasó de la misma manera. Al llegar á la cala de la Ermita, en Artá, cada cual apechugó con uno de los bártulos, y así emprendimos la áspera subida á la boca de la gruta que se abre en el peñasco formidable como inmenso portalón alegórico de una epopeya dantesca, algo así como el ingreso arquitectural de nuestra Sagrada Familia... Al resplandor de las antorchas, como las dibujara Parcerisa en la edición de los *Recuerdos y bellezas de España* iluminando la lánguida silueta del romántico viajero de los días de Piferrer, fuimos internándonos por las revueltas espirales de la oquedad fantástica. Allí iban Noguera, el malogrado y exquisito musicógrafo mallorquín; el bajo *Uetam*, famoso y festejado de todos los públicos en su día; Albéniz, Fernández Arbós, Rubio, Gálvez y otros varios profesionales, aficionados y escritores incipientes. Pasamos media hora, una hora, cerca de dos horas hasta que llegamos al punto indicado previamente...

Eran las seis de la tarde cuando empezó en aquella soledad augusta el concierto ideal. Nos distribuímos, cada cual á su antojo, por las salas y revueltas inmediatas. Schumann y Schubert hicieron el gasto, oídos en una pureza de silencio matemático, de silencio pitagórico, revelado por el caer de una que otra gota desprendida de las estalactitas, como un arpegio; escuchados, asimilados y comprendidos en una obscuridad perfecta y absoluta, allí donde no llega jamás un rayo solar y donde los contados insectos pobladores de aquellas profundas estancias pierden la visión y quedan sumidos en la ciega serenidad de los inmortales en sus estatuas de mármol...

Entonces la belleza peculiar de las grutas se nos hizo clara y transparente, y al subir otra vez, poco á poco, en procesión de fantasmas, y al abrirse ante nuestros ojos asombrados por las horas de obscuridad y de visión interior la inmensa boca de la cueva, prorrumpimos en un hurra de victoria á la isla sin par que después de regalarnos con tesoros de poesía en la superficie, guarda en sus entrañas la maravilla laberíntica de esos palacios, palacios de ensueño, de vaguedad y de música, que caen más allá de los dominios del lenguaje humano.

Miguel S. Oliver.

Mr. Grover Cleveland, ex presidente de la República de los Estados Unidos del Norte de América, fallecido en Nueva York el día 24 de junio último. (Fotografía de Underwood et Underwood.)

GROVER CLEVELAND

A la edad de 71 años falleció el día 24 del mes próximo pasado en Nueva York el ex presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Grover Cleveland. Nacido en Caldwell (Nueva Jersey) de una familia modesta, fué sucesivamente pasante de una escuela de ciegos, dependiente de un *solicitor*, abogado, attorney de distrito y alcalde de su ciudad natal. Su gestión hábil y honrada en este último cargo valióle en 1882 ser elegido gobernador del Estado de Nueva York; su sencillez de costumbres y su gran competencia para el manejo de los asuntos públicos conquistáronle numerosas simpatías, así es que nadie se sorprendió de que en 1884 se le designase candidato á la presidencia de la República, cargo para el cual fué elegido y que desempeñó desde 1885 á 1889, habiendo demostrado en el ejercicio del mismo su talento político y sus grandes iniciativas para moralizar la administración.

En 1892 fué de nuevo elegido presidente; su gobierno en aquel período no fué tan tranquilo como el anterior, pues hubo de luchar contra los proteccionistas acaudillados por Mac Kinley. Al terminar su segunda presidencia, continuó, hasta su muerte, dedicado á la política y defendiendo con el entusiasmo de siempre el programa del partido democrático.

Al tener noticia de la muerte de su antecesor, el actual presidente Mr. Roosevelt publicó un manifiesto, del cual copiamos el siguiente párrafo:

«Su muerte ha privado á la nación de uno de sus más grandes ciudadanos. Abogado de profesión, sus principales servicios han sido para nuestra patria en el curso de una honradísima carrera política. Como alcalde de su ciudad natal, como gobernador de su Estado y como presidente de la República revelóse celoso y enérgico administrador, habiéndose unido en él una abnegación absoluta para el bien del país y un valor que no cedía ante ninguna hostilidad, una vez convencido de su deber.»

BARCELONA.—FIESTAS DEL CENTENARIO DEL NATALICIO DE D. JAIME EL CONQUISTADOR.—LA CABALGATA HISTÓRICA

Carroza de los Juegos Florales, proyectada y dirigida por D. Enrique Moncerdá

Digna y hermosa coronación de las fiestas con que Barcelona ha conmemorado el séptimo centenario del nacimiento del gran rey D. Jaime *el Conquistador* ha sido la magnífica cabalgata que, organizada y dirigida por el reputado artista don Adrián Gual, recorrió las principales vías de nuestra ciudad en la noche del 27 de junio último.

Abrían la marcha batidores de la guardia municipal montada, precediendo las banderas de las ciudades de Barcelona y Tarragona y los pendones de las cinco nacionalidades que constituían la Corona de Aragón, llevados unas y otros por individuos del citado cuerpo. Seguían las banderas con emblemas del trabajo que sostenían obreros de las brigadas municipales, una banda militar, los Xiquets de Valls, comisiones de la Cruz Roja y de varias sociedades locales con banderas, grupos de bailes tradicionales de las regiones, y un carro del cuerpo de bomberos, adornado y acompañado de una sección de individuos del mismo con hachas de viento.

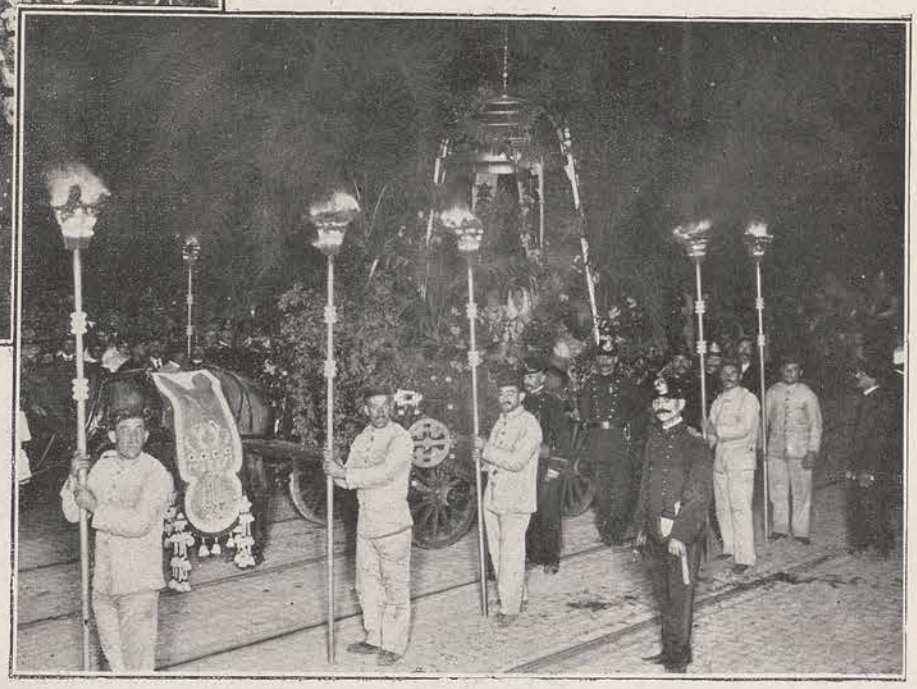
A continuación iba la carroza de la sociedad «El Tibidabo,» proyectada y dirigida por el ingeniero Sr. Rubió, y que era una pequeña reproducción de la montaña de aquel nombre, con una dedicatoria al rey D. Jaime, y detrás de ella una representación de la *Lliga Regionalista* con su nueva bandera.

La carroza de los Juegos Florales tenía en su parte alta el trono de bronce de la reina de la fiesta, en cuyo asiento había un gran libro que figuraba la crónica del rey D. Jaime y la espada de éste. En el respaldar, el escudo de la institución; delante, una tedera, y á los pies de la gradería, una joven simbolizando la Poesía y á su lado un trovador. Completaban el adorno guirnaldas y grupos de flores y de pájaros.

A esta carroza seguían los coros de Clavé con sus estandartes, la banda municipal, el grupo del diario *La Veu de Catalunya*, llevando una gran bandera catalana adornada con una corona y guirnaldas de laurel, y la carroza del Ejército. Representaba ésta, que había sido proyectada y dirigida por el comandante de infantería don Juan Génova, una torre de asalto del siglo XIII, delante de la cual aparecía una matrona simbolizando á España; á los dos lados se veían los escudos de España y del reino de Aragón, rodeados el primero de armas modernas y el segundo de armas de la época de D. Jaime, y en otros sitios destacábanse los de Cataluña, Valencia, Aragón, Murcia, Provenza y el Rosellón, y de los principales personajes que acompañaron al gran rey en sus conquistas.

Seguían luego el carro de la Sociedad Fomento de Obras y Construcciones, que figuraba un ariete de guerra, dirigido por el ingeniero señor Rojo; un campanario gótico y otro románico, construídos bajo la dirección del Sr. Gual á expensas de la comisión organizadora; la carroza de la casa Bosch, que era una carreta oriental con la tienda de campaña de un rey moro hecho prisionero; un grupo de almogávares y de camellos y un carro oriental con cautivos, de muy vistoso efecto, construído por los señores Moragas y Alarma.

Cerraba la cabalgata el magnífico carro representativo de la glorificación de D. Jaime, dirigido y construído también por los Sres. Moragas y Alarma: sobre una especie de carabela y cobijada en elevado templete, estaba la figura hierática del glorioso monarca; en la proa, una matrona que representaba Barcelona; en la parte posterior, un grupo de esclavas orientales como botín de guerra, y el suelo hallábase lleno de flores y coronas. Este carro, que era verdaderamente suntuoso, estaba iluminado por 400 lámparas incandescentes, y detrás de él marchaban cien jinetes en traje del siglo XIII.



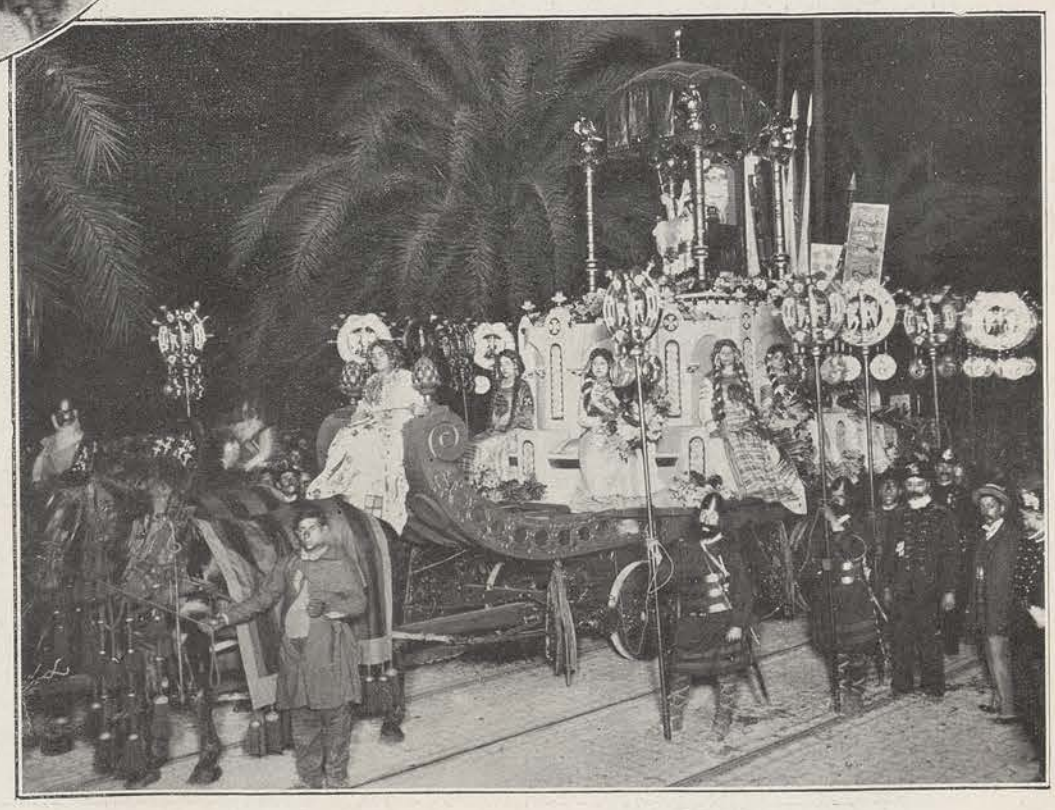
Carroza oriental de los Sres. Moragas y Alarma

Todos los elementos que en la cabalgata figuraban llamaron la atención por su propiedad y su riqueza, que fueron unánimemente celebrados por el inmenso público que presenció el paso de la misma.

Los grupos de bailes tradicionales de las regiones que tomaron parte en la cabalgata descrita celebraron el día siguiente, por la noche, en el Palacio de Bellas Artes, un festival organizado por el *Centre Excursionista de Catalunya*, con motivo de las fiestas del Centenario y en honor del Congreso de la Corona de Aragón. Asistió al acto numerosísima concurrencia, entre la que figuraban la mayoría de los congresistas, habiendo reinado durante la fiesta animación extraordinaria. Se bailaron por los grupos respectivos bailes mallorquines, valencianos y los catalanes «Ball cerdá» y «L'hereu Riera,» y después, en los jardines, las sardanas «Conte de Fades,» «Adela,» «Rondalla,» «Aixerida,» «La roda de la fortuna» y «La cistella enflocada.»

(Fotografías de A. Merletti.)

Carroza del Ejército, proyectada y dirigida por el comandante de infantería D. Juan Génova



Carroza representativa de la glorificación de D. Jaime el Conquistador, proyectada y dirigida por los Sres. Moragas y Alarma

UNA BODA EN UN PUEBLO DE ITALIA, copia del celebrado cuadro de FRANCISCO PABLO MICHETTI

EL VOTO, copia del celebrado cuadro de FRANCISCO PABLO MICHETTI, cuyo original está en la Galería de Arte Moderno, de Roma

BARCELONA. – LA ASAMBLEA CATALANA

La promulgación de la llamada ley de Jurisdicciones originó en Cataluña un movimiento de protesta que engendró la Solidaridad Catalana, conjunción de todos los partidos políticos unidos por el amor á esta región, y determinó, como grandiosas manifestaciones de éste, la imponente fiesta del 20 de mayo de 1906 y el colosal triunfo de las elecciones de 21 de abril de 1907, para las cuales sirvió de plataforma el programa del Tívoli.

Una de las bases de este programa fué la derogación de la mencionada ley, y para lograrla los diputados solidarios, cumpliendo el mandato que del cuerpo electoral habían recibido, plantearon recientemente un debate en el Congreso. El resultado fué contrario á sus aspiraciones, y ante la declaración del gobierno de que por ahora no consideraba oportuno derogar aquella ley, las minorías solidarias de ambas Cámaras acordaron retirarse del Parlamento y someter su conducta al *referendum* de sus electores.

A este objeto correspondió la convocación de la Asamblea Catalana, á la que fueron invitados los ayuntamientos y las diputaciones provinciales de Cataluña, quienes respondieron unánimamente á la invitación enviando todos ellos numerosas representaciones.

La asamblea, que se celebró el día 29 de junio último en el hermoso palacio del *Orfeó Catalá* y á la cual asistieron todos los senadores y diputados solidarios y más de 1.400 delegados de Ayuntamientos, puede citarse como modelo de reuniones deliberantes. Leyéronse en ella cuatro proposiciones y una enmienda, que defendieron en breves y razonados discursos los Sres. Durán y Ventosa, concejal del Ayuntamiento de Barcelona; Cruells, diputado provincial de Barcelona; Torres, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Lérida; Layret y Giralt y Verdaguer, concejales barceloneses. Por indicación del presidente Sr. Prat de la Riba, que lo es también de nuestra Diputación Provincial, los autores de esas proposiciones se pusieron de acuerdo para presentar una proposición única, que fué aprobada sin debate y por aclamación y en la cual se ratificaba á los diputados y senadores de la Solidaridad Catalana la confianza que en ellos depositó el pueblo de Cataluña, se les pedía que volviesen al Parlamento y se les rogaba que con todas sus fuerzas y por todos los medios que las circunstancias permitan y el patriotismo les aconseje, luchasen enérgicamente para que con la derogación de la ley de Jurisdicciones y el reconocimiento de la personalidad de Cataluña queden satisfechos los ideales autonómicos del pueblo catalán.

El acto duró escasamente dos horas y en él reinaron la mayor armonía y el más grande entusiasmo. Fué una aprobación absoluta de la conducta de los representantes de Cataluña, los cuales volverán al Parlamento con mayor autoridad si cabe que antes, sabiendo una vez más que cuentan con la confianza incondicional del pueblo que les otorgó su representación para la defensa y el logro de sus nobles aspiraciones.

Los senadores y diputados de la Solidaridad Catalana, con objeto de que haya constantemente una representación más ó menos nutrida de la misma en ambas Cámaras, acordaron subdividirse en varios grupos que turnarán en la discusión de los problemas que han de resolverse en el Parlamento español.

Barcelona. – La Asamblea Catalana. Aspecto del Salón de audiciones del palacio del *Orfeó Catalá* durante la celebración de la asamblea. (De fotografía de A. Merletti.)

UN NUEVO SISTEMA DE FERROCARRIL

EN EL QUE LOS TRENES CORREN Á RAZÓN DE 200 MILLAS (320 KILÓMETROS) POR HORA

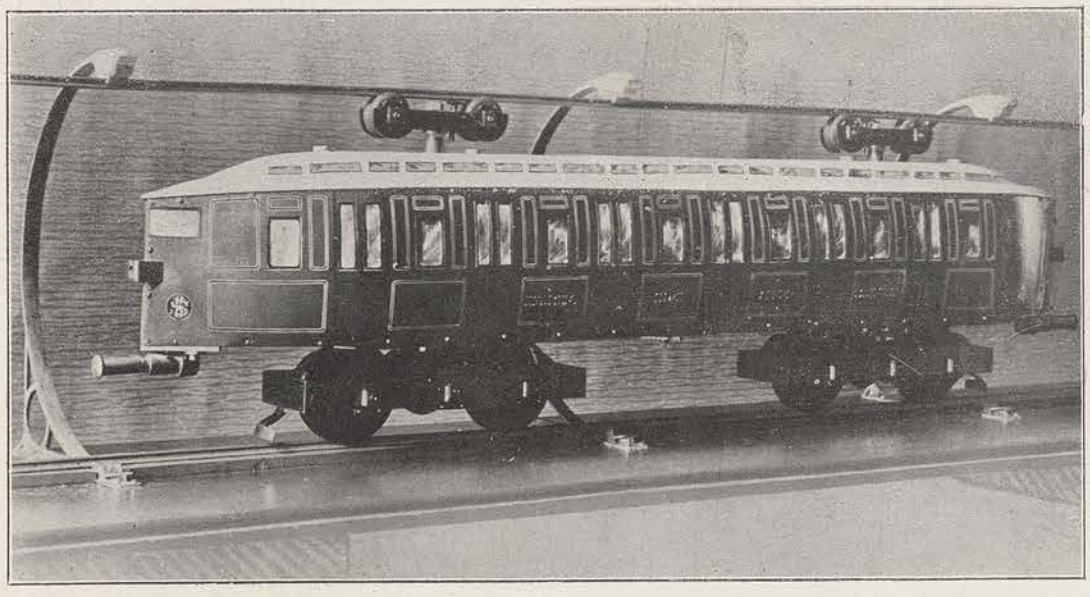
Esta velocidad, realmente extraordinaria, es la que se pretende alcanzar con el sistema de ferrocarril Kearney, en el cual, para lograr tal resultado, se parte de los dos principios siguientes: diminución de la resistencia de los vagones al aire y diminución del roce de las ruedas.

Lo primero se consigue dando á los vagones la forma de torpedos; lo segundo, mediante una disposición especial de las ruedas y de los rieles.

Los vagones tienen dos líneas de ruedas que se ajustan á dos rieles situados verticalmente uno encima de otro. Esta situación de los rieles hace imposible todo descarrilamiento, á no ser que se rompa accidentalmente la vía.

Las ruedas de la parte inferior son las únicas que se apoyan en los rieles, pues las de la parte superior sirven simplemente de guías, de manera que la presión de las mismas sobre el riel de arriba es sólo de unas pocas libras cuando el vagón está en reposo y absolutamente nula cuando el tren corre rápidamente en línea recta.

Los vagones son movidos eléctricamente y los motores están directamente unidos á los ejes, merced á lo cual el centro de gravedad resulta sumamente bajo y por ende es mayor la estabilidad del vehículo y menor el roce de las ruedas superiores.



Ferrocarril de sistema Kearney, en el que los trenes pueden correr con una velocidad de 200 millas (320 kilómetros) por hora. (De fotografía de Underwood et Underwood, Londres.)

PROYECTO DEL MONUMENTO

DEDICADO AL GENERAL JUSTO J. DE URQUIZA, OBRA DEL ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL

La República Argentina, deseosa de honrar la memoria de sus grandes hombres, erigirá en breve un monumento destinado á glorificar la personalidad del general D. Justo J. de Urquiza, á quien debe aquel país los primeros trabajos para lograr la unidad nacional. A nuestro compatricio, el distinguido escultor Sr. Querol, ha cabido la señalada distinción de adjudicársele el primer premio en el concurso celebrado al efecto, y por lo tanto la aceptación del hermoso proyecto de monumento que reproducimos, que en breve se erigirá en la capital de la República, para honrar la memoria del ilustre general Urquiza y atestiguar los méritos del artista.

Bellas Artes. — Málaga. – La Asociación de la Prensa de Málaga ha publicado el programa de los Juegos Florales y Certamen Literario y Artístico por ella organizados con la cooperación de la Junta permanente de Festejos. De dicho programa vamos á extractar las principales bases referentes á la parte artística, en la que se conceden los tres siguientes premios:

Escultura. — Tema: boceto de monumento al ilustre malagueño D. Antonio Cánovas del Castillo. Premio de 500 pesetas.

Pintura. — Tema: boceto al óleo representando el momento histórico en que «Alí Dordux» abrió las puertas de la Alcazaba para que penetrasen en ella el Comendador Mayor de León D. Gutierre de Cárdenas; el capellán y limosnero de los Reyes Católicos D. Pedro de Toledo y su séquito de hombres de armas, encargados de posesionarse de la ciudad y de enarbolar en sus torres las insignias vencedoras. Dimensiones: un metro por ochenta centímetros. Premio de 350 pesetas.

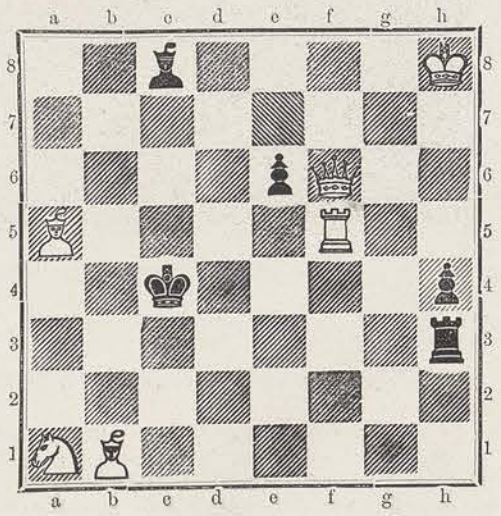
Música Composición. – Tema: rapsodia de aires andaluces para orquesta con una reducción para piano.

Los trabajos han de ser inéditos y presentados antes de las veinticuatro del mes corriente, debiendo ostentar cada uno de ellos un lema igual al que figure en el sobre que encierre el nombre y domicilio del autor. Todas las obras artísticas presentadas, sean ó no premiadas, quedarán de la propiedad de sus autores, con tal que éstos las reclamen dentro de los tres meses, á contar desde el día de la celebración de los Juegos Florales; pero transcurrido este plazo, se entenderá que renuncian los autores á su propiedad y que pasará á ser de la Asociación de la Prensa.

AJEDREZ

Problema número 499, por V. Marín

Negras (5 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 498, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. D a 8 - e 8	1. A a 3 × c 1
2. D e 8 - e 7	2. Cualquiera.
3. T ó D mate.	

Variantes.

1..... R e 4 - d 4 ó f 4;	2. C c 1 × e 2 jaq., etc.
T b 7 × b 5;	2. D e 8 × e 6 jaq., etc.
T h 7 × h 5;	2. D e 8 × e 6 jaq., etc.
A a 3 - e 7;	2. D e 8 × g 6 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. D e 8 × e 6 ó × g 6 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

Lavaron y vendaron sus lastimados pies, y les ofrecieron pañuelos para la cabeza y camisas bordadas que ellas sólo se ponían los días de fiesta

XIII

HASTA LOS MEJORES AMIGOS RIÑEN

Por muy molesta que fuera la prisión subterránea, no dejaba, sin embargo, de ser un buen descanso para las marchas sucesivas, y por el momento los cautivos lo único que deseaban era poder descansar. Las jóvenes estaban cansadísimas por haber venido andando toda la santa noche azotadas por el viento y la lluvia; así es que al llegar dijeron que lo único que deseaban era poder descansar, y el saco de trigo que les iba á servir de almohada y una mala manta para taparse les parecieron hasta demasiado buenos. Al momento se quedaron dormidas, y Mauricio al verlas casi les tenía envidia. Para dormitorio habían elegido un sitio próximo á la puerta de entrada; pero Mauricio no se quiso acostar hasta no formar con las cajas y sacos que había por allí una verdadera barricada, con objeto de ocultar á las jóvenes de las miradas indiscretas. Le parecía á él que con el ruido que hacía con las cajas y los sacos para formar el parapeto era imposible que pudieran dormir; pero las jóvenes estaban tan cansadas que no se despertaron ni oyeron nada, y cuando terminó de hacerlo se acostó muy satisfecho de su obra. Pero no pudo dormir, porque al poco rato de haberse acostado vió penetrar por el lado opuesto del sótano un rayo de luz, y oyó al mismo tiempo una voz que le llamaba. Se levantó, aunque de mala gana, y vió que de una trampa del destartalado piso de arriba habían levantado una tabla, por donde bajaba una cesta con recado de escribir, mientras que Milosch le decía en los términos que había de escribir una carta para Wylie. Las circunstancias en que se hallaban podían disculpar muy bien de que los términos en que estaba redactaba la carta fueran un tanto duros, y Mauricio sintió cierta rencorosa satisfacción al añadir de su propia cosecha una posdata, que ni él mismo pudo leer bien después por lo soñoliento que estaba. Al poco de entregar la carta la volvieron á bajar en la cesta, diciéndole que tenían que firmarla también las dos jóvenes, y entonces tuvo por fuerza que despertarlas y guiarles la mano para que pudieran poner sus firmas.

Por fin lo dejaron en paz y durmió ocho horas de un tirón, y acaso hubiera dormido más tiempo de no haberle despertado la conversación que tenían las jóvenes. Entonces prestó atención y se enteró de lo que estaban hablando.

—¿Crees tú que esta gente nos matará de hambre?, murmuró Irene.

—No lo sé; pero lo que sí puedo decirte es que tengo ya un hambre feroz, contestó Zoe.

Estas palabras le hicieron recordar á Mauricio que él también sentía cosquilleos desagradables en el estómago; mas no sabía cómo se las iba á componer para decir á los bandidos que deseaban comer algo.

—Veremos á ver si contestan, se dijo.

Y principió á dar golpes á la puerta, pero se acordó después que la puerta seguía tapiada por fuera y que por más golpes que diera no oirían nada; el techo era bajo, mas no veía por allí ningún palo para dar golpes con él á ver si de este modo contestaba alguno. Al verse en tal apuro se le ocurrió una buena idea; vió que en un rincón del sótano había unas tinajas vacías y principió á rodar una por el suelo haciendo bastante ruido, lo que dió el resultado que él deseaba, porque no tardó en abrirse la trampilla del techo y Milosch les dijo muy incomodado que no hicieran ruido. Cuando Mauricio le explicó el por qué lo hacía, se dignó escucharle y le dijo que no

faltaba más que una media hora para ponerse el sol y que tan pronto como obscureciera saldrían de allí y tendrían una comida muy abundante y buena; pero que por el momento debían guardar mucho silencio si es que estimaban en algo sus vidas. El motivo porque les decían que no hicieran el menor ruido, lo adivinaron antes de que terminara la media hora más larga que habían pasado en toda su vida, por las muchas pisadas que se oían en el techo y el rumor de lejanos pasos acompasados.

—Ese es Wylie, que va á la cabeza de la fuerza que lleva á sus órdenes y que se vuelven desde aquí, dijo Mauricio. ¡Qué cerquita los hemos tenido! Creo que hemos retrocedido hasta las inmediaciones del pueblo por donde pasamos anoche. ¡Qué lástima si él supiera todo esto!

El ruido de los pasos acompasados se fué perdiendo poco á poco á lo lejos; la escasa luz que entraba por las junturas de las tablas de la trampa del techo desapareció por completo, y los tres prisioneros quedaron en la más completa obscuridad, hasta que después oyeron con alegría que trasteaban en la puerta. Comprendieron que estaban quitando los haces de heno que la habían ocultado, y cuando terminaron la abrieron y les mandaron salir. Pasaron de prisa y corriendo por el sucio y mal oliente establo, les hicieron cruzar el patio y entraron todos en la casa; á Mauricio le hicieron sitio en seguida para que se sentara entre la alegre banda de bandoleros que estaban sentados en los bancos de piedra de una espaciosa habitación del piso bajo, contemplando los extensos preparativos culinarios que hacían delante de un hogar enorme, y á las jóvenes las condujeron á la torre que ya habían visitado antes y las entregaron á las mujeres de la familia. La abuela y dos ó tres criadas de alguna edad estaban preparando la comida en el piso de abajo, donde estaban también los hombres de la casa, haciendo, con más ó menos buena voluntad, los honores de ella á los bandidos; pero en el piso de arriba había tantas matronas, muchachas y niños, que era muy difícil el poner en claro las relaciones de parentesco que habría entre ellos. Las mujeres de casa se mostraron en un principio algo retraídas y tímidas; pero en cuanto vieron el estado lastimoso en que se hallaban sus huéspedas, perdieron la timidez y se apresuraron á servirlas y cuidarlas. Principiaron por lavarles y vendarles sus lastimados pies, y les ofrecieron pañuelos muy limpios para la cabeza y camisas bordadas que ellas sólo se ponían los días de fiesta, y después les sirvieron una comida muy abundante. Terminada la comida las hicieron sentar cómodamente en unos bancos donde habían extendido unas pieles de carnero, y las mujeres de casa se sentaron en el suelo cerca de ellas, con objeto de hablar un poco. Nuestras jóvenes habían aprendido ya por entonces bastantes palabras de la lengua del país, en la que Irene intercalaba muchas voces escitas, y cuando se veía apurada recurría á la mímica, con lo que lograban entenderse mutuamente. Las prisioneras consiguieron por este medio enterarles del país á que cada una de ellas pertenecía, el modo cómo habían sido secuestradas y todo lo que les había acontecido después, de lo que se dolieron mucho las mujeres de casa, informándolas al mismo tiempo del concepto en que tenían á los bandoleros.

Aquella era la primera noche de las cinco que pasaron en la torre; de día permanecían debajo de tierra, y en este tiempo los prisioneros pudieron convencerse de las relaciones que existían entre los bandidos y la población rural. Los campesinos disfrutaban del privilegio de proveer á los bandidos de alimentos, ropas y alojamiento siempre que se los pidieran, así como de todas las noticias de lo que las autoridades hacían; para recompensar estos servicios los bandidos les protegían contra los ataques de otras partidas enemigas de bandoleros, y les defendían y cuidaban sus haciendas y propiedades; pero á pesar de este mutuo acuerdo, los bandidos habían observado que las mujeres campesinas se apresuraban á esconder todos los objetos de valor que poseían siempre que tenían noticia de que vendrían los bandidos á sus casas. Entre protectores y protegidos no existía el menor cariño ni la más pequeña simpatía, porque según dijeron las mujeres de casa, los bandidos no se cansaban de pedir comestibles y ropas á pesar de que sabían en la situación apurada que muchas veces se encontraban, pues todo lo que ganaban y recogían de sus tierras se lo llevaban ellos; y sin embargo, se jactaban mucho de que ellos no robaban nada más que á la gente rica; pero si el pobre que lo tenía trataba de esconder el último carnero que le quedaba para salvarlo de sus garras, podía darse por bien servido si escapaba con vida. A pesar de todos estos inconvenientes, aquella familia estaba discutiendo con la misma tranquilidad que si fuera el sacerdocio la carrera á que debía dedicarse el hijo mayor de sus numerosas ramas, respecto á si convendría que fuese bandido en vez de acomodarse á los trabajos de la vida del labriego. La creencia general entre aquellas gentes era que el bandolerismo no dejaba de ser, á pesar de todo, una profesión muy conveniente para cualquier joven animoso y valiente; y hasta era un honor y una protección para cualquier familia el tener un pariente en alguna de las partidas de bandidos más notables del país, aunque por otra parte diera esto pretexto á las autoridades para imponer á la familia nuevas exacciones; por si ésta, á la larga, se cansaba de servir á dos amos, le convenía también al jefe de los bandidos el tener á mano un rehén que pudiera responder de su buen proceder. No porque las autoridades pudieran hacer mucho daño á una partida de bandoleros como la de Stoyan, afirmaba la abuela, que era la principal defensora del bandolerismo como carrera, porque aquél tenía sus correspondientes confidentes, á quienes pagaba con toda regularidad, entre los mismos empleados subalternos del Vali, los que le avisaban con anticipación de cualquier medida ofensiva que se tratase tomar contra ellos. Tan sólo cuando algún extranjero muy exigente, como Wylie, hacía que se tomasen sin dilación, era cuando no daba resultado su bien organizado espionaje.

Todas estas noticias las iba Zoe reteniendo en la memoria, para que le sirvieran después á Mauricio, cuando se presentara de pronto, como nuevo Miguel, á libertar á Ematia de la opresión de los unos y del pillaje de los otros. Sintió una impresión muy dolorosa cuando al saber aquellas mujeres que no tenía padre ni madre, le preguntaron impacientes si los rumíes los habían matado; pero esta impaciencia se disipó después, al enterarse de que miraban á los habitantes de un pueblo próximo, que hablaban griego, con un odio tan implacable como el que le tenían á los mahometanos, á quienes nunca nombraban sin maldecirles. Era aquello una verdadera ironía de la suerte; que los últimos descendientes de una dinastía griega tuvieran que aceptar hasta los favores más humildes de manos de aquellos fanáticos eslavos. ¿Habría esperanza de poder reconciliar elementos tan sumamente divergentes? Si fuera posible pasarse la existencia recorriendo el país para conocer personalmente á sus habitantes, acaso hubiera alguna probabilidad de conseguirlo, pensaba Zoe; pero aun cuando pudiéramos disponer del tiempo necesario, los celos y envidias de las grandes potencias nos lo impedirían. Hallábase ahora sentada en un banco, ataviada con el vestido mejor de una de las mujeres, la cual cosía un retazo de tela burda, tejida en casa, á la ya muy remendada falda gris de Irene, á quien la mujer sonreía cada vez que levantaba la cabeza para mirarla. Irene rehusó, hasta con cierta brusquedad, el ofrecimiento de las mujeres, y se sentó sola cerca del quinqué á remendarse su vestido, dejando á su hermana en completa libertad para que dijera á aquellas mujeres, á fuerza de gestos y mímica, que tenía un carácter muy independiente. «¿Qué pasaría si consiguiera yo explicarles quiénes somos?,» pensó Zoe; pero no quiso probar á hacerlo.

Los días que pasaron en el calabozo subterráneo fueron muy largos y sumamente aburridos, porque como no tenían luz no podían las jóvenes entretenerse en los trabajos de costura, y por muy cansadas que estuvieran no podían tampoco pasar el día y la noche durmiendo. Desde el segundo día organizaron una especie de veladas con el fin de distraerse mutuamente; mejor dicho, Zoe fué la que las organizó, tomando su parte sin que nadie se lo rogase, y se empeñó en que los demás tomaran la suya. Ella era quien lo disponía todo y quien hacía que pasaran las horas más agradablemente, refiriéndoles, por entregas, una historia muy larga, que parecía que no se iba á acabar nunca, por cuyo motivo decía el desagradecido Mauricio que ahora se explicaba por qué los editores no querían admitir sus novelas; porque temían el volverse locos si caían en la tentación de leerlas. Irene les refería leyendas escitas, que le enseñaron sus niñeras en sus primeros años, antes que vinieran á atormentarla de consuno las institutrices inglesas, francesas y alemanas, y Mauricio recurría siempre á su repertorio de cuentos de Cambridge, que ya estaba á punto de agotarse cuando terminó su encierro.

Hasta el sexto día después de la noche que pasaron andando no salieron de la alquería, y aunque lo más probable era que las tropas rumíes habían abandonado ya la comarca, los sacaron, sin embargo, con las mismas precauciones que habían tomado á la venida. Decía Zoe que los bandidos temían que la luz del día les hiciese daño á la vista después de haber estado tanto tiempo en la obscuridad, y que por eso les habían vuelto á vendar los ojos, por lo que salieron de aquellos lugares sin haberlos visto con la luz del día, y las caras de los habitantes de la granja tampoco las habían visto nada más que con la luz artificial. Las mujeres de esta granja donde habían estado encerrados todos estos días, expresaron á las jóvenes su condolencia y compasión, y las hubieran cargado con más víveres y ropas regaladas de lo que hubieran podido llevar, á no ser por la intervención del jefe de los bandidos. Tenían, dijo éste, mucho camino que recorrer, y ninguno de ellos se había de prestar á llevarles los paquetes. Los regalos quedaron por lo tanto reducidos á su más mínima expresión, y los infelices cautivos tuvieron que emprender la marcha, yendo cada uno de ellos en medio de dos bandidos. Afortunadamente para ellos, el camino que seguían ahora no era tan quebrado y desigual como el que trajeron al venir á la alquería; después de unas dos horas de marcha sus carceleros les quitaron los pañuelos de los ojos. La vista la tenían tan debilitada, que de pronto les pareció que todo era negro, hasta que poco á poco fueron viendo más claro, y se dieron cuenta de que se hallaban en un bosque muy espeso, cuyos árboles formaban bóveda, bajo la cual se extendía la estrecha senda por donde habían venido. No les concedieron mucho tiempo para que se fueran acostumbrando las jóvenes á aquella media luz, porque volvieron á emprender de nuevo la marcha; el camino continuaba subiendo, pero era una pendiente bastante suave y uniforme. Aquel breve descanso de mediodía les vino muy bien á las jóvenes, que ya principiaban á encontrarse cansadas, con gran pesadumbre de los bandoleros; Stoyan y su segundo estuvieron conferenciando un momento precipitadamente. Como resultado de esta conferencia decidieron caminar más despacio y no llegar al sitio que se habían propuesto; y al llegar á un claro del bosque, á eso de las cuatro de la tarde, hicieron alto para pasar allí la noche.

La adversidad había hecho cosas maravillosas, pues enseñó á las jóvenes á desempeñar las faenas propias de la vida al aire libre como si desde que nacieron lo hubieran venido haciendo; esta vez no quisieron que Mauricio hiciera solo la choza para albergarse. Cortó él unas ramas gruesas de los árboles que clavó en el suelo, pero Zoe é Irene le ayudaron á entrelazar otras ramas más delgadas para formar las paredes y el techo, y recogieron al mismo tiempo las hojas y tallos de las plantas que habían de servirles de cama. Irene estaba muy orgullosa de su obra, pero Zoe unía á esa satisfacción el triste recuerdo de Wylie.

—¡Cuánta molestia le causamos al principio!, pensaba ella; y nunca le ayudábamos en nada de lo que él hacía para nosotros. Había creído seguramente que somos unas personas inútiles que no servimos para nada.

La idea de que Wylie hubiera pensado esto y de que lo disimulara tan bien, le servía de algún consuelo, y después, reflexionando sobre lo mismo, llegó á la conclusión de que, después de todo, mejor era que así lo pensara.

Aquella noche no tenían necesidad de preparar la cena al fuego, porque con las provisiones que les dieron en la granja tenían comida abundante; sin embargo, los bandoleros encendieron una hoguera muy grande con objeto de ahuyentar á los animales carnívoros y á los espíritus malignos del bosque, y todos se sentaron muy alegres en derredor de ella. Los prisioneros no quisieron encender fuego, á pesar de haberles autorizado los bandidos para ello, y se sentaron en el suelo en la parte más alta del claro del bosque, apoyándose cómodamente en los troncos de los árboles, desde donde contemplaban los últimos resplandores del sol poniente, que penetraban á través del obscuro dosel de hojas y ramas que tenían sobre sus cabezas.

Irene recordó entonces otras puestas de sol muy parecidas, vistas á través de las copas de los pinos y abedules de las grandes llanuras llamadas de Escitia; y como si el encanto de aquellos momentos le hubiera desatado la lengua, principió á hablar de esas largas tardes de verano, en que apenas si hay noche, que le traían á la memoria una vez que se vistió de aldeana, y acompañada de su institutriz, tomaba parte en los juegos y bailes de las mozas labradoras de las tierras de su padre. Mauricio la escuchaba atentamente, descubriendo una nueva faz en el carácter de Irene y adquiriendo la convicción de que, cualquiera que fuese el disfraz que adoptase, siempre parecería una reina entre sus súbditos. Si éstos no lo reconocían así, tanto peor para ellos. Le dirigió muchas preguntas riéndose de sus contestaciones, y le dijo también que se hubiera alegrado mucho de estar allí para haber tomado parte en sus diversiones;

pero esto no le sentó muy bien á Zoe, que continuaba sentada sin hablar palabra.

—Desearía, dijo abriendo pausadamente los ojos, que no me interrumpierais en mis meditaciones, hablando de cosas que tan poca importancia tienen. Habéis olvidado sin duda lo propicios que son estos momentos para la inspiración literaria.

—¿Qué inspiraciones son esas?, preguntó Mauricio. ¿No será alguna de ellas el dormirse al pie de un árbol?

—Ya he dicho que estaba meditando, contestó ella muy seria. Parece ser que te has olvidado de que habiéndome tan cobardemente arrebatado mis cuadernos de apuntes, tengo necesidad de reconcentrar bien en la memoria el recuerdo de nuestras aventuras.

—¿Para trasladarlas después al papel? ¿Vas á escribir simplemente una narración más ó menos adornada, ó á componer una novela?

—Las dos cosas, dijo Zoe con firmeza. Sería, á mi parecer, derrochar un material excelente si lo empleara todo en una sola obra. La relación escueta de nuestras aventuras ha de tener seguramente gran salida; con su producto podré editar la novela, que estará llena de color local. En ella intercalaré las mejores leyendas, tradiciones y cosas por el estilo.

—Pues yo recuerdo, interrumpió Irene, que un día dijiste que al leer una novela se suele pasar por alto lo referente al colorido local.

—Sí, pero en mi libro no podrán hacer eso, porque todo él no contendrá otra cosa.

—Tampoco veo la necesidad de que lo lean, dijo Mauricio.

—Pues por eso precisamente necesito que la narración sencilla tenga buen éxito, á fin de poder publicar la novela, contestó con calma Zoe. Me conformo con que tenga *un succès d'estime*. Después no me volveré á ocupar en toda mi vida de colorido local.

—Casi voy creyendo, dijo Irene algo incomodada, que tú disfrutas mucho con que te encierren en un calabozo subterráneo, con que te hagan subir y bajar estas ásperas montañas, llevando el vestido hecho jirones y calzando siempre estas detestables abarcas; disfrutas indudablemente con que te insulten y amenacen, cuando reducida de cansancio te detienes un momento, tan sólo con la idea de que después podrás escribir y publicar todos estos sufrimientos.

—No, tanto como disfrutar, no; pero eso no quita que yo comprenda el buen efecto que hace todo eso en un libro.

—¡Dichosos libros! Eso raya ya en chifladura, dijo Irene con alguna aspereza. Si se tratara de la pintura, de la música ó cosa semejante, me lo explicaría perfectamente; pero escribir novelas, ¡vaya una gran cosa!

—Y es muy natural que no te lo expliques; pero lo comprenderás fácilmente cuando tengas un objeto determinado en la vida.

—¿Cómo puedes tú asegurar que mi vida no tenga un objeto bien determinado? ¿Acaso no estoy sufriendo por él en estos mismos momentos?

—Podías muy bien haber tenido la amabilidad de añadir que tus penas las mitiga nuestra compañía.

—Soy muy poco hábil en asuntos de cumplidos. No tengo nada de literata, contestó con acento de profundo desdén.

—¿No desearías serlo?, preguntó indolentemente Mauricio.

—No, no me parezco á Zoe, que dice que se casará únicamente con el hombre que se enamore de ella leyendo sus novelas.

—Pues entonces tardará en casarse, porque aún no ha escrito ninguna. Mi futuro cuñado tiene que aguardar algún tiempo, dijo Mauricio sonriéndose.

—Eso es una vileza, Irene, comenzó diciendo Zoe.

Pero Mauricio la interrumpió al momento y dijo:

—Las dos estáis muy cansadas, ¿no es esto? Está visto que la caminata ha sido demasiado larga para vosotras. Sería conveniente que descansarais.

—No, dijo Irene, no es que estemos cansadas; lo que estamos es de mal humor. Yo lo estoy porque parece que Zoe se figura que con tal de poder hablar un lenguaje escogido, ya no se necesita otra cosa, y además porque dijo que mi existencia carecía de objeto. ¿Y tú, Zoe, por qué lo estás?

—No lo sé, contestó Zoe.

Y luego añadió con cierto retintín:

—No me parece que contribuya á quitarle á uno el mal humor el que le digan que lo tiene.

—Irene es así, dijo Mauricio. ¿No recuerdas lo que hablamos hace días con Wylie, con motivo de haber dicho ella que no debían callarse las cosas desagradables por temor á herir la delicadeza de los demás?

—Y todos ustedes se pusieron en contra mía, dijo Irene dando un suspiro.

Más tarde, cuando ya ella y Zoe se habían arropado con las mantas para pasar la noche, volvieron á tocar el mismo punto.

—¿Por qué estabas enfadada, Zoe? No podías ni hablar de incomodada que te pusiste. ¿Dije yo algo malo?

Miróla entonces Zoe con enojados ojos.

—Una señorita que dice á un hombre lo que otra le ha contado en reserva, no merece que la llamen tal, respondió con severidad.

—¡Pero Mauricio!.. Yo nunca creí...

—Mauricio es hombre, y los hombres comprenden ciertas cosas. Me parece á mí, Irene, que á ti te falta algo, pues no se necesita calentarse mucho la cabeza para comprenderlo en seguida.

—Puede ser que consista en que nunca he tenido hermanos ni hermanas, ni aun amigos de mi misma posición social, dijo Irene con voz ahogada. Me creo capaz de hacer cualquier clase de sacrificio por ti y por Mauricio, y no obstante, me porto mal con vosotros sin saberlo.

—No llores, exclamó Zoe con acento conmovido. Creo, como tú misma dices, que no es culpa tuya. Son muchos los que se dejarían cortar un brazo por sus parientes, y sin embargo, les dicen cosas muy desagradables.

—Todo lo dejaría de buena gana por ti y por Mauricio, volvió á decir Irene, menos el objeto que me he propuesto en la vida.

—¡Qué rara coincidencia sería que fuera eso precisamente lo que tuvieras que abandonar!, dijo Zoe en voz alta sin darse cuenta de ello.

Pero comprendiendo al momento que iba á entrar en terreno resbaladizo, comenzó á dar vagas y confusas explicaciones.

—Vaya... Mira..., de pronto se me ocurrió que pudieras verte obligada á optar entre el abandono de... tu objeto ó nuestra muerte, lo mismo precisamente que pasa en las novelas, ¿sabes? No sé por qué se me ocurriría semejante idea; acaso haya sido efecto de mi imaginación romántica, que á ti tanto te disgusta. No lo puedo remediar; yo soy así. Cualquier suceso, qué te diré yo, hasta lo que pasa cada día, lo que no tiene absolutamente nada de extraordinario, la cosa más sencilla del mundo, hiere mi imaginación y la hace ver todo lo que viene en pos, la hace ver la serie de acontecimientos que naturalmente se van sucediendo los unos á los otros. Ya ves tú, esta misma situación en que nos hallamos, se presta perfectamente á imaginar toda clase de aventuras.

—¿Pero por qué se te fué á ocurrir eso precisamente? ¿Por qué piensas en cosas tan horribles?, preguntó Irene con voz acongojada.

Zoe, que creyó que iba á llevar la conversación al pacífico terreno de las disquisiciones literarias, tuvo que volver á empezar su explicación.

—No, pero si no fué más que una idea sin pies ni cabeza. ¿Cómo era posible que te vieras en tal dilema? Cualquiera que sea el fin que te propongas...

—Pues mira, tú misma juzgarás; voy á decírtelo, dijo Irene.

—¡Ah, no!, exclamó Zoe, que de ningún modo quería cargar con la responsabilidad de un secreto que ella había adivinado sin necesidad de nadie. Aunque por otra cosa no fuera, ¿no comprendes que á Mauricio y á mí nos conviene más no saber nada, si se diera el caso de que nos preguntaran? Ya que has estado callada durante tanto tiempo, me parece que lo mejor será que continúes haciendo lo mismo.

—Así lo creo yo también, contestó Irene después de titubear un poco. Pero ten presente, añadió á continuación, que suceda lo que suceda, Mauricio y tú sois mis hermanos queridos y que por nada del mundo tenemos que separarnos.

—Y si tenemos que hacerlo no será por nuestra voluntad, dijo Zoe de todo corazón.

Y luego se preguntó si todo aquello sería realmente verdad.

XIV

UN EMISARIO

—¡Pero si es una iglesia!, exclamó Irene asustada.

—Sí, en algún tiempo lo sería; hoy no son más que las ruinas de una iglesia, contestó Zoe.

Después de caminar otro día, siempre subiendo la pendiente de la montaña, salieron del bosque y llegaron á un edificio aislado medio derruído, situado en una hondonada, entre dos altos picos de la cordillera, donde según les dijeron los bandidos tenían que refugiarse hasta nuevo aviso.

—¡Que tenemos que vivir aquí dicen! Eso sería un sacrilegio. ¡Y como dormitorio nos destinan la parte donde está el iconostasio!

—Pues bastante consideración han tenido con nosotros, porque á lo menos en esta parte hay techo y el resto de la iglesia se puede decir que no lo tiene.

—¡Pero si ese es el santuario donde no pueden penetrar las mujeres! Mira, lo mejor será que les digamos que nosotras no queremos quedarnos aquí.

—Eso es, y entonces nos tendremos que quedar á dormir al cielo raso. No, muchas gracias; lo que es por mi parte yo me quedo aquí. ¿No comprendes tú, Irene, que los bandidos no harán nunca nada que pueda irritar á los santos, y que ellos pertenecen, lo mismo que tú, á la iglesia griega?

—¿Quién, ellos de la iglesia griega? No, señora; son unos miserables cismáticos, que siguen los preceptos de la advenediza y herética iglesia de Tracia, y están por lo tanto fuera del dogma ortodoxo, contestó Irene.

—¡Cal'a, mujer!, exclamó alarmada Zoe, que puede ser que ese hombre que ha traído hoy Milosch entienda el inglés. Vi que te miraba con mucha insistencia cuando estabas besando á todos esos santos viejos y estropeados que hay en el cancel.

—¿Y qué daño habría en que lo entendiese? Demasiado saben todos ellos que son cismáticos.

—Desde luego, pero no les parecería natural que una joven escita los tenga por tales. ¿Cómo explicarías entonces tus simpatías por los griegos?

Guardó Zoe un momento de silencio, porque se asustó de lo que había dicho; pero se serenó muy pronto y continuó diciendo:

—Piensa bien en lo que te digo; la hora de nuestro rescate no puede tardar ya mucho, y sería muy triste que por cualquier indiscreción sospecharan algo los bandidos y no quisieran ponernos en libertad; ¡figúrate tú si sería horrible la cosa! Ten juicio, por Dios, y demos gracias de que tenemos un sitio bastante aceptable donde refugiarnos.

—Todo lo que quieras; pero yo me quedaré aquí fuera todo el tiempo que pueda, contestó Irene obstinadamente. Cuando obscurezca puede ser que entre; además, si nos pasa algo malo, bien merecido lo tenemos.

Zoe, que no sentía ninguno de estos escrúpulos religiosos ó supersticiones, continuó su tarea de preparar la habitación, en la entrada de la cual se había detenido Irene sin atreverse á entrar. Era el presbiterio ó ábside de la iglesia arruinada. La media cúpula que servía de techo estaba todavía en su lugar, así como el iconostasio ó cancel de madera, pintada con figuras de santos, que lo separaba del cuerpo del edificio; pero las placas de metal que antiguamente figuraban las aureolas ó recubrían ciertos detalles de las vestiduras, habían sido arrancadas. Debajo de las gradas que conducían al santuario desde la nave había un aposento subterráneo, al que se descendía por una puerta y una escalera situada en uno de los costados; aquel era el único sitio donde podían encender fuego, por temor á que el resplandor de las llamas ó el humo delataran la presencia de gente en el edificio. Los bandidos ya lo habían encendido, y el humo subió al momento por la escalera y se extendió por toda la iglesia, penetrando también por los resquicios del cancel hasta llegar al santuario. Parecía muy extraño que las partidas de malhechores que habían convertido aquel lugar en una de sus madrigueras, no hubieran echado ya al suelo el cancel para hacer leña, pero por lo visto sus sacrílegos desmanes se habían limitado á quitar las aureolas á los santos.

Zoe procedió con método en su trabajo; principió por extender sobre las losas de piedra del piso las hojas y ramas de pino que había cortado Mauricio para que les sirvieran de cama, y después desdobló las mantas y las puso por encima. Mauricio dormía ante el umbral de la puerta, en la parte más alta de las gradas, y Zoe estaba muy satisfecha y tranquila al pensar que aquella pequeña y desmantelada habitación sería exclusivamente para ellas dos durante algunos días. Muy pronto quedarían en libertad y terminarían todos aquellos sufrimientos, porque era indudable que los esfuerzos de Wylie tenían que dar buen resultado, y lo más probable sería que desde aquella iglesia medio derruída irían al sitio donde habían de entregar el dinero de su rescate, haciendo su última marcha como prisioneros.

Cuando terminó Zoe sus faenas, se sentó muy cansada, sin ánimo para atravesar la nave de aquel templo arruinado y salir afuera para ver lo que estaba haciendo Irene. Mauricio estaba en el bosque inmediato ayudando á los bandidos á cortar leña para el fuego; Zeko y otro compañero suyo se cuidaban de la cocina en el subterráneo, y los demás de la partida estaban entretenidos en remendar sus abarcas ó andaban de un lado para otro por la iglesia.

(Se continuará.)

UN GOLPE DE ESTADO EN PERSIA.—LA TRAGEDIA DE TEHERÁN

Cuando la nación persa consiguió que el shah Mozzafer-ed-Din la dotara de una Constitución, creyó que para ella se inauguraba una era de prosperidad. Al morir aquel soberano, su hijo y sucesor Mohamed Alí Mirza promulgó dicha constitución, que el pueblo acogió con gran júbilo, siendo inmediatamente elegido el Parlamento, que se instaló en el magnífico palacio de Baharistán.

Pero el nuevo shah, á pesar de sus protestas de constitucionalismo, mostróse poco afecto al nuevo régimen, y por si sus sentimientos personales no fuesen bastantes, sus favoritos Eucir Bahadur y Chapsal Jan no dejaron desde un principio de recordarle las ventajas de la autocracia. A consecuencia de ello y aprovechando los errores que los parlamentarios noveles habían necesariamente de cometer, intentó ya en diciembre del año pasado un golpe de Estado para desembarazarse de aquel estorbo, no logrando entonces realizar sus propósitos, gracias á la oportuna intervención del cuerpo diplomático. Desde aquel momento, las relaciones entre el shah y los parlamentarios, que nunca habían sido muy cordiales, fueron en extremo tirantes.

Las diferencias se ahondaron á fines de mayo, por haber pedido el Parlamento al soberano el destierro de los favoritos de éste. Mohamed Alí Mirza prometió acceder á esta petición, mas no cumplió su palabra. A todo esto, Emir Bahadur, uno de los personajes cuyo destierro se pedía, habíase refugiado en la legación de Rusia, primero, y luego en la residencia veraniega de Bagué Shak, en donde el soberano se había instalado y estaba concentrando sus tropas.

El Parlamento envió allí una comisión para recordar al shah su promesa; éste hizo encarcelar á los principales delegados, y en 8 de junio dirigió un *ultimátum* á los parlamentarios invitándoles á que rompiesen toda clase de relaciones con los *anyumanes* (clubs revolucionarios) y á que le entregasen en el plazo de veinticuatro horas á todos los comprometidos en el complot que suponía tramado por su tío Zill-es Sultán con objeto de sucederle.

Aplazada con diferentes pretextos la contestación al *ultimátum*, volvió el shah á insistir en sus exigencias y amenazó con arrasar el Parlamento si no eran éstas inmediatamente satisfechas. Y como tampoco entonces obtuvo contestación, en 23 de junio envió tropas al palacio de Baharistán para que se apoderasen de los principales caudillos constitucionales. Negóse el Parlamento á entregarlos, y al mismo tiempo los *anyumanes* hicieron algunos disparos y desde la mezquita de Sepah-Salar lanzaron bombas contra los soldados; contestaron éstos, y después de un largo tiroteo y de haber bombardeado el palacio, saquearon una porción de edificios y se entregaron á toda clase de excesos. En seguida fueron arrestados el presidente del Parlamento Syed Abdulah, muchos miembros de los *anyumanes* y varios periodistas, siendo algunos de ellos ejecutados al día siguiente.

Mohamed Alí Mirza, shah de Persia

Durante el día 24 continuaron el fuego, las matanzas y los incendios, reinando en Teherán verdadero pánico, que no comenzó á calmarse hasta la noche del 25. Posteriormente se han reproducido los desórdenes, aunque con menos intensidad en la capital; en cambio en Talriz, en donde nada aconteció en los primeros momentos, han ocurrido sangrientos sucesos en los días 27 y 28, habiendo sido asesinados multitud de partidarios del shah y de revolucionarios, y saqueados una porción de edificios.

Mohamed Alí Mirza ha dirigido al pueblo persa un manifiesto cuyos principales párrafos dicen así:

«Todo el mundo ha podido ver que innumerables *anyumanes* se constituían sin reglamento alguno y se inmiscuían con insistencia en los asuntos administrativos del país; á consecuencia de ello, había llegado á ser imposible al gobierno asegurar la marcha de los negocios de que aquellos grupos se habían apoderado pretendiendo discutirlos y resolverlos á su guisa, lo cual podía producir un desorden absoluto y poner á la nación enfrente de grandes dificultades.

»Por otra parte, la prensa y los oradores hacían aún más complicada la situación, merced al apoyo que habían prestado á los *anyumanes*.

Teherán.—Palacio de Baharistán en donde celebraba sus sesiones el Parlamento persa y que ha sido destruído á consecuencia del bombardeo efectuado por las tropas imperiales durante los recientes sucesos ocurridos en aquella capital. (De fotografía de Frankl.)

»Las riendas del gobierno que á nosotros toca empuñar hallábanse en manos de cierto número de intelectuales, y el mismo Parlamento prestaba á los *anyumanes* su apoyo, habiendo sido infructuosas todas nuestras gestiones para hacer comprender á éstos su deber y contenerles en su proceder alarmante.

»Atentos á los deberes que tenemos para con nuestro pueblo amado, que nos ha sido confiado por Dios todopoderoso y cuyos miembros consideramos como propios hijos nuestros, vímonos obligados, en interés de la seguridad pública, á prender á los principales agitadores; pero el Parlamento los protegió y algunos de ellos se refugiaron en el palacio de la Asamblea nacional, levantaron barricadas é hicieron uso de fusiles y de bombas contra el ejército del Estado.

Teherán.—Vista del interior del palacio de Baharistán. (De fotografía.)

»En atención á ese estado de cosas, hemos creído que debíamos disolver el Parlamento á partir del día del hoy y organizar en un plazo de tres meses nuevas elecciones de diputados, leales y patriotas, que celebrarán sus sesiones según las prescripciones de la Constitución del Imperio, al mismo tiempo que el Senado.

»Mi gobierno queda encargado de hacer llegar, por conducto de las autoridades competentes, á conocimiento de toda la nación el contenido de este manifiesto, á fin de que conozca nuestras buenas intenciones, inspiradas en su interés, y la misión que nos hemos impuesto para el mantenimiento del orden y de la seguridad públicos.»

Ultimamente ha promulgado el shah un decreto de amnistía en el que, después de recordar que si procedió á la detención de los agitadores fué sólo por el deseo de restablecer el orden y la seguridad, expresa su deseo de que cese el pánico producido por los últimos acontecimientos, para lo cual decreta una amnistía general, si bien continuarán presos los principales culpables, que serán juzgados por un tribunal especialmente instituído para ello.—R.

JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA
ó
LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD
Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899
POR
D. ANTONIO FLORES
Edición ilustrada
Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,
para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

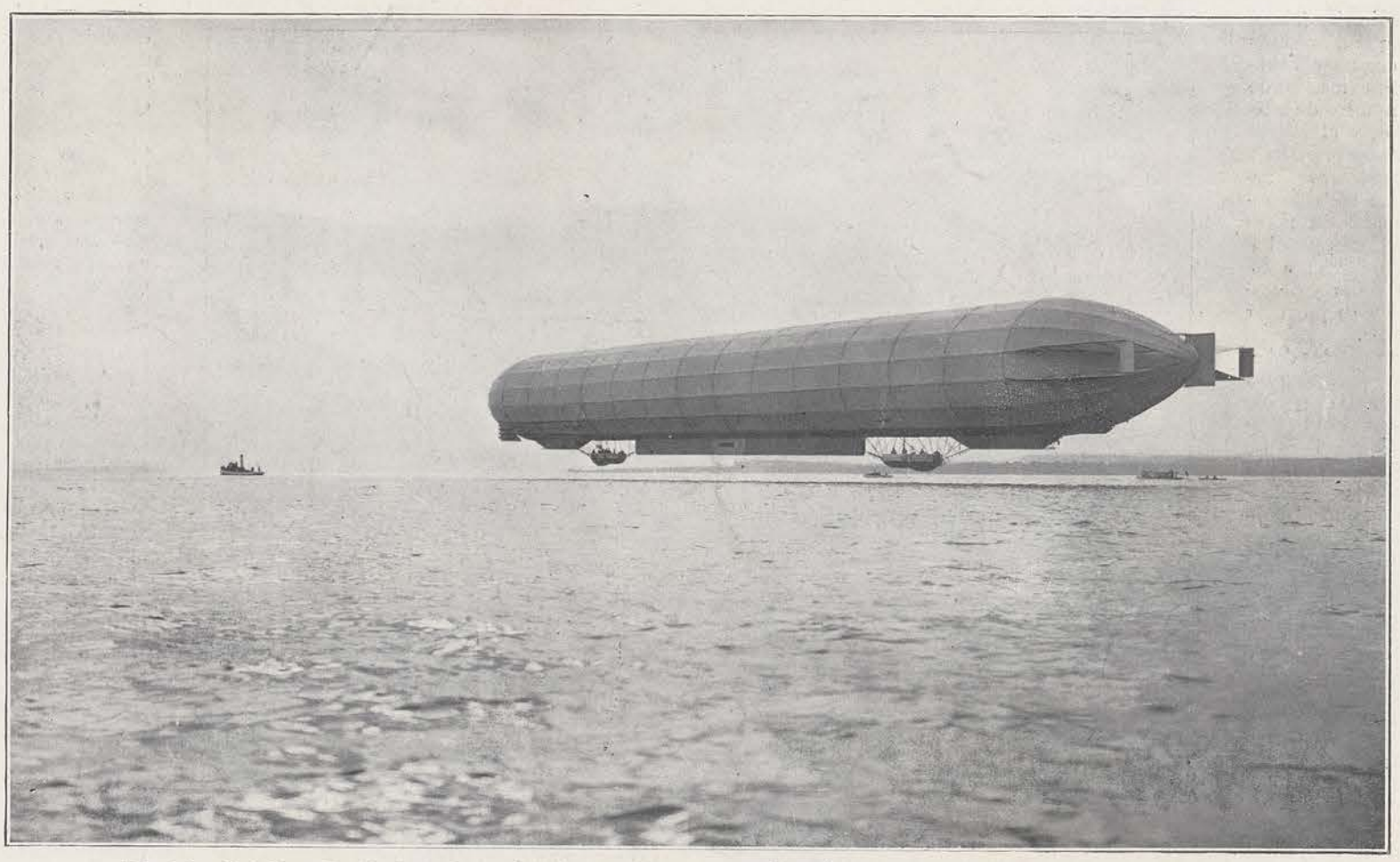
INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
Montaner y Simón, editores.—Calle de Aragón, núms. 309-311. Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



El globo dirigible «Zeppelin 4» efectuando sus pruebas sobre el lago de Constanza. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Hace pocos días efectuó su primera salida sobre el lago de Constanza el globo dirigible *Zeppelin* 4, construído por el conde de Zeppelin, uno de los que desde hace más tiempo y con mayor perseverancia se dedican á la solución del problema de la dirección de los globos.

Las pruebas se efectuaron en presencia de una muchedumbre enorme y con asistencia de varios representantes del gobierno alemán y del estado mayor prusiano que, según parece, se ha comprometido á entregar al aeronauta 2.500.000 marcos si su máquina recorre 800 kilómetros en veinticuatro horas.

El aeróstato, conducido por el inventor y llevando catorce pasajeros, entre ellos el ministro de la Guerra alemán y algunos jefes del estado mayor, maniobró durante unos veinte minutos, á una altura de 100 metros sobre el lago de Constanza y á una velocidad de 12 metros por segundo; pero habiendo advertido el piloto algunos defectos de funcionamiento en el timón, fué preciso proceder el descenso.

Pocos días después, realizóse la segunda prueba, maniobrando durante algo más de dos horas. Ultimamente, en otros ensayos ha alcanzado una velocidad media de 55 kilómetros por hora, habiendo permanecido el globo más de cuatro horas en el aire y realizado un largo recorrido y habiéndose hecho desde la barquilla experimentos de telegrafía sin hilos que dieron buen resultado.

En breve intentará el *Zeppelin* 4 la prueba decisiva, que consiste en llegar con sus propios recursos desde Friedrichshaven á Maguncia, remontando el Rhin.

El globo, el mayor de cuantos se han construído, difiere poco de los modelos precedentes del mismo inventor, el último de los cuales llegó á recorrer 350 kilómetros. Es de forma cilíndrica, todo él construído de aluminio, mide 142 metros de largo por 14 de diámetro y tiene un volumen total de 13.000 metros cúbicos.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN